

Sarmiento en Asunción del Paraguay: trabajos, enfermedad y muerte.

Por Pablo Emilio Palermo

Copyright 2008

Proyecto Gutenberg – Ambas Américas

www.ambasamericas.net

“En el fondo de su mirada, sin embargo,
había un destello de tristeza, pues él mejor
que ninguno presentía su cercano fin”

La Prensa Argentina, 22 de septiembre de 1888

“Y esperando la luz, lo sorprendió la muerte”

Anibal Ponce (La vejez de Sarmiento)

I

“Yo debo salir luego para el norte. Estoy muy mejorado del catarro que me ha molestado un mes, pero huyo del invierno crudo y sobre todo húmedo de Buenos Aires”. Así escribió Domingo Faustino Sarmiento a su hermana Bienvenida el 9 de junio de 1886.

Los malestares físicos de Sarmiento se habían acentuado hacía unos años. A su malestar circulatorio proveniente de una hipertrofia del corazón se sumó una úlcera péptica y su sordera se convirtió en total. En 1887 el Dr. Roberto Lloveras, su “médico especial”, le aconsejó un viaje al Paraguay. Preocupaba su obstaculizada respiración y el gran trabajo a que era sometido su ya débil corazón.

En compañía de su hija Ana Faustina Sarmiento y de sus nietos María Luisa y Julio, Sarmiento se embarcó a fines de abril en el buque *San Martín*. En el puerto de Formosa se le rindieron honores militares. El 3 de mayo una multitud lo recibió en el puerto de Asunción del Paraguay y de allí marchó a pie hasta su residencia, una casona llamada *La Cancha*, ubicada en el barrio de la Recoleta y que había pertenecido a Elisa Lynch, querida del mariscal Francisco Solano López. La casa había funcionado como lugar de diversiones y teatro, velódromo y pista de carreras de caballos; de ahí el nombre “cancha” que ostentaba. “La residencia tenía cuatro habitaciones (dos dormitorios, comedor y escritorio), y un jardín con palmas – describe el historiador José S. Campobassi-. La casa estaba desarrollada en ciento sesenta metros cuadrados de superficie y era totalmente de madera, con sólidos horcones de lapacho, tirantería de palmas negras y

pisos de ladrillos. El dormitorio de Sarmiento se componía de una estrecha cama de hierro y un sillón de resortes, regalo de su amigo Ambrosio Olmos, que ya había usado en Rosario de la Frontera, en 1886. En su escritorio colocó una estampa japonesa y algunas pinturas de su nieta Eugenia”.

El 30 de mayo de 1887 pronunció un discurso en un acto escolar; se encontraba presente el ministro de los Estados Unidos. “El Paraguay se asocia a Chile, República Argentina y Uruguay en la aceptación del gran principio de la comunidad de ventajas de los asociados: la educación para todos. Esta es la Libertad, la República, la Democracia”. “Por lo que a mí respecta –siguió-, mis destinos están cumplidos, y aunque haya caído y levantado muchas veces con la bandera de la educación común, esta manifestación recibida en el Paraguay, después de otras recientes en Valparaíso, Santiago, Andes, Mendoza, San Juan, me harían desear que las banderas de la Argentina, de Chile, Uruguay y Paraguay me sirviesen de mortaja para atestiguar que merecí bien de sus habitantes”. El 31 de julio fue visitado por una delegación estudiantil y días después lo recibió el Senado. El 17 de agosto escribió a su nieta Eugenia: “Aquí he encontrado unos preciosos pajaritos bolivianos que cantan admirablemente, visten de caña y negro y duermen en cama tendida, que exigen limpia, y se tapan con la cubierta, bien tapados de manera que no se les ve sino la cabeza”.

En carta a su sobrina Victorina Lenoir de Navarro, hija de su hermana Procesa y de su amigo el ingeniero Benjamín Lenoir, describió con soltura la ciudad de Asunción y sus habitantes.

“Encuentro aquí, una ciudad colonial, tal como debió ser Buenos Aires o Montevideo ahora 50 años, con peculiaridades indescritibles. Una ciudad fundada en la pendiente de una colina de arena, de manera que no se usa caminar, por impedirlo los altos y bajos.

Hay dos tálburis y un coche por todo vehículo. Afortunadamente se inventó el tranway y se recorren diariamente dos líneas paralelas a lo largo de la ciudad, que van a los lindos alrededores.

Hay una clase vestida con elegancia y gentuza que viste como las sanjuaninas orilleras, con camisón y rebozo.

Más debajo de eso, está la muchedumbre guaraní hablando su lengua, vestida de ligero, blanco, limpio, como sábana cayendo desde la cabeza, llevando encima un cántaro, un atado, algo en fin y todas con el pie en el suelo. Los zapatos pertenecen a la nobleza.

En un San Juan más móvil, más lindo y más viejo, la gente que llamaríamos allí plebe, peones, viste lo mismo que en San Juan.

Lo demás es triste, aunque el país muy lindo.

Están empedrando las calles con esperanzas de poder servirse de ellas.

Lo que queda de la vieja manera de vivir, son las fiestas y procesiones de los Santos. Hubo tres Corpus, una fiesta de San Roque, y tres de Asunción: primera, para llevar la preciosa imagen de su casa a la iglesia, segunda, para la fiesta solemne de la Patrona y tercera, acompañada de todas las mujeres, para llevarla otra vez a su casa.

Otra hubo en la campaña, de una Virgen milagrosa. En Paraguarí, término del ferrocarril adonde fui invitado, en una montaña que aparece exabrupta y desaparece como un murallón gigantesco, están los rastros del Apóstol Santo Tomás, que sin duda perdió el poncho por allí”.

Durante su residencia, Sarmiento creó una biblioteca pública, donó estacas de mimbre (“Mándame cien varillas de mimbre de las islas para hacer canastas”, había teleografiado a su nieto Julio), entregó un pupitre modelo construido bajo su dirección y escribió artículos para los periódicos *El Independiente* y *El Paraguay Industrial*. Un trabajo sobre el dictador Gaspar Rodríguez de Francia irritó al ministro de hacienda, que terminó por retar a duelo al huésped.

Antes de retornar a la Argentina, Sarmiento recibió un terreno en forma de trapecio regular en las afueras de Asunción. “Me va tan bien aquí, estoy tan generalmente estimado, trabajo tanto de cuerpo y alma y sueño cosas tan posibles que no tengo hora de descanso”, confió a su nieto Augusto Belin Sarmiento.

Entre el 1º y el 4 de septiembre escribió una larga carta a Adolfo Saldías. Había regresado “de una feliz excursión río arriba”. “Hace cuatro días encontraba al paso, como azorados de ver el vaporcito en que

remontábamos las aguas cristalinas del gran río, un tigre, que nos miraba de veinte varas de distancia y pudieron hacerle un tiro, un mono grande que desde las ramas secas de un viejo árbol parecía protestar contra la intrusión, y un salvaje aislado, que desde la margen del Chaco contemplaba nuestra marcha. Estos eran los habitantes del país que tan majestuosos ríos atraviesan”. En la ciudad de Concepción se atrevió a penetrar en una picada, o camino abierto a través de la espesura, y pudo contemplar los esqueletos de árboles. Un amigo chileno lo recibió en su hotel y en su honor tocó una banda de música compuesta por violines y guitarras, “acentuadas con sonatas guaraníes”. “¡Cómo me acordé de San Juan! Damas y fregonas se le parecen en el vestir y en el porte a las de allá, según tuvo que convenir un mendocino”.

La correspondencia con Saldías es interesante, puesto que en ella Sarmiento redacta las palabras de su epitafio, al entender que la muerte se le estaba aproximando.

“Y ahora que en el último tercio de mi vida, remonto esta red de los ríos majestuosos que han descendido en silencio inútil por los siglos de los siglos, y oigo el vivificador murmullo de las ruedas del vapor o el silbido que anuncia su arribo a un pueblo naciente, siento que no esté vivo el viejo Vélez para pedirle breve epitafio en latín para mi tumba (único terreno que poseeré, y quisiera dejar cultivado). Los Rostros del Foro, y Mercurio echando su caduceo entre dos víboras para separarlas, a guisa de *arbitraje*, no estaría mal como emblema, si los clásicos griegos y latinos tuvieran, como yo, el *a, b, c* del silabario como *Ilíada*, *Odisea* y *Eneida*. Mi epitafio diría, como el resumen de mis deseos:

Una América toda
asilo
de los dioses todos
con
lengua, tierra y ríos
libres para todos. ¹

Que en ello está comprendido la instrucción primaria, la libre navegación, la ocupación del desierto con la emigración, y el tribunal de arbitraje que usted recuerda”. ²

¹ El escultor Víctor de Pol realizó el bajorrelieve de bronce que adorna la tumba de Sarmiento.

“La banca clavada en tierra para las escuelas pobres, y el mimbre que es como la banca, la cuna de la industria y de la cultura –escribió finalmente a Saldías-, irán multiplicándose al infinito porque nada cuestan; y dirán que con un buen deseo, en cambio de una acogida amigable, dejé dos monumentos eternos, la escuela y la industria del pueblo, de manera que la posteridad diga: el espíritu de Robinson y de Franklin rizaron las quietas aguas del río Paraguay en 1887”.

Aliviado en algo de sus dolencias, el prócer volvió a Buenos Aires el 7 de octubre de 1887. El 29 escribió a su amigo José Posse: “Recibí tu carta y el telegrama anunciándola el día primero en que me sentía revivir después de la *rodada* que di al llegar del Paraguay, cayendo en día de tempestad y tiempo horrible como en un pantano, después de haber pasado días tan luminosos física y moralmente en el Paraguay. Apenas ayer he salido a caminar un poco, tan postrado estoy de cuerpo y de espíritu.

Lo que me desmoraliza es que este desarreglo de la garganta es la *via crucis* por donde viene la senectud, y me hará penosa la existencia, con sus angustias y estrecheces.

Pienso volver al Paraguay los inviernos, y me estoy haciendo allí una casita, que será de hierro, si me convienen los planos que me presentarán al efecto”.

Semanas más tarde pudo escribir con optimismo al sentir un recupero en su salud: “Lo estoy en efecto hace pocos días, tan porfiado fue el ataque, que me hizo dudar de salir de él, sin que me quedase alguna lesión, como las grietas de las vasijas viejas”, aseguró el 22 de noviembre a Segundino Navarro.

II

El escritor Carlos Ibarguren, por entonces un niño de nueve años, vio de cerca a Sarmiento cuando hacía sus curas gimnásticas en el gimnasio mecánico del doctor Aberg, que funcionaba en la calle Lavalle. “... lo recuerdo conversando con mi padre, que fue su partidario y lo apoyó en el Senado durante su presidencia: de anchas espaldas, encorvado, como si el peso de su larga vida henchida de luchas

² Siendo Sarmiento ministro plenipotenciario en los Estados Unidos propuso el arbitraje como medio de solucionar las

tempestuosas lo inclinara sin abatirlo. Veo sus rasgos característicos: el pecho un tanto hundido, el mentón prominente, el labio inferior grueso que parecía volcarse con desprecio o con soberbia, sus ojos oscuros, vivísimos, encendidos a pesar de la senectud; y la movilidad de sus facciones, la energía de sus gestos y ademanes, el tono de su voz autoritaria, la espontaneidad de sus estentóreas carcajadas. Conservo palpitante el recuerdo del gran viejo cuando éste, dándome una palmada en la mejilla o apretándome la nariz entre sus gruesos dedos, me decía un chanza”.

Una mañana de otoño de 1888 el niño Iburguren concurrió a hacer sus ejercicios y se encontró con Sarmiento. “Como coincidía mi hora de ejercicio con la del prócer, éste, una vez que concluía su programa, se aproximaba a conversar con mi padre y acompañarnos. Esa conversación era un monólogo de él, hablado a gritos, pues su absoluta sordera le imposibilitaba escuchar a su interlocutor. Me dirigía siempre alguna broma, y como notara que yo esperaba impaciente el momento en que debía montar en el caballo o silla que hacía movimientos mecánicos de equitación, se adelantó el gran viejo y ocupó la montura antes que yo, haciéndome burla cual un abuelo jovial. Una mañana de ese otoño, la víspera de emprender viaje al Paraguay en busca de un clima templado que reconfortara su organismo, se despidió de nosotros en el gimnasio alejándose, agobiado y enfermo...”.

La llegada del frío a Buenos Aires afectó la salud del general Sarmiento. Siempre fue sensible a las bajas temperaturas. El Dr. Sienna Carranza le aconsejó viajar de nuevo al Paraguay. El lunes 21 de mayo de 1888 escribió a su hermana Bienvenida: “Yo partiré el jueves para el Paraguay, buscando clima más propicio. La repentina y anticipada crudeza del invierno me ha tomado aquí y traído los mismos achaques a la garganta que tuve al llegar de Salta o del Paraguay con tiempo malo. Está visto que no resisto al frío del invierno pues me sobreviene tos inextinguible al enfriárame los pies o las rodillas o un hombro siquiera. Verdad es que achaques quiere la vejez, pero con cambio de clima, cambio no sólo de atmósfera sino de preocupaciones y afectos. Allá en el Paraguay me he hecho de los más cordiales y afectuosos”. “Pienso estar

controversias entre las naciones.

todo el invierno –agregó-. No sé si sabes que tengo un lindo sitio donde monté una casita de hierro. Allí me instalaré como un patriarca y como está situado en un barrio suburbio muy frecuentado, tendré compañía a todas horas, pues el tranway pasa por delante. [...] ¡Qué majestad en los ríos; qué belleza en los bosques y palmeras! Es el país de las naranjas y las limas, que no se comen, son más grandes que las naranjas. Las flores en invierno sobreabundan casi como en el verano y las gentes tienen el gusto de prodigarlas alrededor de sus habitaciones”. Ocupado de plantíos decorativos, supuso, vería restablecida su vida de ejercicio físico.

Sarmiento, Ana Faustina y la nieta María Luisa –“sus cariñosas enfermeras”, al decir de Ricardo Rojas- se embarcaron el 26 de mayo en el buque *Cosmos*.

- Será Buenos Aires lo que he dicho tantas veces, la ciudad reina del sur; pero no estaré yo para ver realizados mis pronósticos –explicó a su nieto Augusto-. No paso de este año... hijo, me voy a morir...

Y agregó erguida la cabeza y brillantes los ojos:

- ¡Ah! ¡Si me hicieran presidente! ¡Les daría el chasco de vivir diez años más!

El General visitó la escuela normal de Paraná. La población correntina de Bella Vista lo recibió con fervor: los alumnos de un colegio subieron al salón del barco uniformados y armados de tercerolas. La juventud lo aplaudió en la ciudad de Corrientes y en Formosa visitó una escuela primaria. En la Asunción se instaló por algunas semanas en el Hotel Hispanoamericano, para luego alojarse en la residencia que había ocupado el año anterior. El escritor Martín García Merou, ministro argentino en el Paraguay, le ofreció alojamiento en su casa, pero Sarmiento rechazó el ofrecimiento “por temor de originar molestias”. La residencia era anexa a la derecha del restaurante del hotel campestre *Cancha Sociedad* –propiedad del doctor Andreuzzi-, a unas quince cuadras de la estación del ferrocarril y en dirección al villorrio de Campo Grande. Quintas y naranjales componían aquel paraje unido al centro de la ciudad por un tranvía arrastrado por mulas. “El general Sarmiento –escribió García Merou- fue siempre un gastrónomo distinguido, y desde el primer momento empezó a sufrir mucho por la fantástica cocina del hotel. Comprendiendo ese martirio y poniendo de nuestra parte la mejor buena voluntad, a la que contribuía en primera línea nuestra *coreon bleu*

paraguaya, desde entonces hasta su fallecimiento, le enviábamos unos caldos artísticos, fabricados con todas las reglas del caso y, modestia aparte, capaces de hacer chuparse los dedos a Brillat-Savarin o a Alejandro Dumas en persona”. Por fortuna, había dejado de fumar.

Algo mejorado, hizo varios paseos con el ministro argentino, otros con María Luisa, y viajó en bote por el río Paraguay hasta la boca del Pilcomayo. Había dejado crecer su barba. Su vida social fue, como siempre, intensa: conoció el oratorio de Asunción, visitó escuelas y la redacción de algunos diarios, habló sobre industrias, cultivos, maderas. Enrique Alió, joven de quince años, pudo también ver de cerca a Sarmiento:

“En 1888 me pusieron mis padres pantalones largos, inscribiéndome en primer año del Colegio Nacional. La vida de Asunción tenía entonces la pausa de sus interminables siestas. Era un pueblo sin grandes noticias, ni apuro. De ahí que el día en que Sarmiento llegó imprevistamente, el tono menor de las horas tuvo un suceso que las conmovió.

Un día de junio el ecónomo del internado nos anunció: ‘El ex presidente argentino visitará esta tarde el Colegio. ¡Mucho orden!’

Llegó apoyado en un bastón, andando lentamente, como si cuidara un dolor recrecido en las piernas. Recuerdo que nos impresionó su fealdad. Soreía ásperamente y usaba gestos rudos. Después, cuando con el Director y otras personas hubo recorrido las clases, nos habló en el gran patio oscuro y cuadrilongo de los recreos. No recuerdo otra emoción más pura que aquella. Por un momento se apagó su figura cansada y fea, envolviéndonos su voz clara, plena de ternura y de reminiscencias como cicatrices. Nos dijo lo que esperaba de nosotros, lo que nosotros debíamos esperar de nosotros mismos. Cuando se hubo ido no era ya para los alumnos del Internado un ex presidente. Era el maestro a quien ganosos hubiéramos confiado cosas de la ilusión de ser, de llegar”. Ricardo Rojas observó que la dicción de Sarmiento era correcta, fluida y transparente, “aunque de escaso registro melódico en su voz varonil, más de bajo que de tenor”.

Años después apuntó García Merou el recuerdo de Sarmiento coloquial y familiar: “Cierro los ojos y me parece contemplarlo, presidiendo una larga mesa, tendida debajo de un naranjal frondoso, en el ‘dulce Lambaré’, a pocos metros de la ribera del río, y enfrente de la embocadura del Pilcomayo, en una de cuyas orillas alcanzábamos a descubrir los pliegues de nuestra bandera. Estaba como nunca alegre y decidor, si bien manifestaba al marchar una ligera fatiga. Después del almuerzo, montamos al vapor que nos había conducido y nos internamos en el Pilcomayo, rozando casi las orillas con las ruedas de la embarcación, haciendo nutrido fuego a los caimanes tendidos en las playas cenagosas, absortos ante las magnificencias de la selva virgen cuyos árboles dejaban caer sus ramas sobre nuestras frentes, como un regio pabellón”.

“Te espantaría saber el número de cartas que he escrito, las instrucciones de veinte páginas, las disertaciones de cincuenta sobre las fiestas de San Juan, que me propongo hacer de fomento de la educación, pues no hemos de dejar de ser independientes; pero bárbaros podemos dejar de ser estimulando la educación”, escribió a Augusto en junio. “Las encomiendas de semillas llegaron bien. Todo va bien; construyo la casa, allano las dificultades del agua, y con la fiebre de las fiestas de San Juan que me hacen vivir por el espíritu o más bien por la imaginación puedo decir que revivo o hago eso alcance a mi vida, continuándola, con un poco de fiebre, y de entusiasmo que fueron mis móviles: ahora con una atmósfera de dicha tranquila, rodeado de familia cariñosa, y pensando además en negocios pecuniarios que pueden crear la fortuna a *última hora* si algunos amigos se persuaden de la seguridad práctica y magnitud dilatable al infinito del asunto”. La preparación del programa de festejos para la celebración del 9 de Julio y honras a la memoria de Francisco de Laprida en su provincia, le demandó tres días de trabajo encorvado sobre la humilde mesa que hacía de escritorio. Indicó las calles que debía recorrer la procesión cívica y los puntos en que debía detenerse: Escuela Sarmiento, Iglesia de la Merced, Escuela Normal de Mujeres, casa de Laprida, antiguo Colegio de Santa Rosa. Estableció quienes pronunciarían discursos: Inspector General de Escuelas, Rector del Colegio Nacional, Rector de la Escuela de Minería, etc.

En correspondencia fechada el 12 de junio reconoció Sarmiento que estaba mejorando, aunque sin acabar de sanar a causa de los intensos fríos paraguayos. Su hija y María Luisa lo atendían “con extremada y a veces superflua solicitud”. Pidió a Augusto algunos documentos al Departamento de Escuelas de Buenos Aires, dio noticias de la “casita” isotérmica de hierro que construía en el terrero que le había sido regalado, de las visitas que recibía y de las lecturas que frecuentaba. “La casita sigue levantándose sin tropiezo y espero quedará bien. Las dificultades principiarán al habitarla. Me falta proveer de agua si aljibe, si pozo, y todo ello ofrece dificultades, y urge sin embargo tenerla para las plantas. Todos los días amanece lloviznando sin llover”. “Aquí leo buenos libros, sobre todo una completa reseña del hombre prehistórico en América 1883, en que vienen citados escritos de Ameghino y Moreno. Es lo más completo que haya sobre l’Amerique Prehistorique, por el Marquis de Rabailac”.

La casa isotérmica ocupó las horas de Sarmiento. Se trataba de una casa prefabricada de dobles paredes, de cuatro habitaciones y un salón, desarmable, traída de Bélgica y hecha según el modelo visto en el oeste de los Estados Unidos. Se ubicaba dentro del terreno otorgado al General por suscripción pública, a unos mil quinientos metros de la *Cancha Sociedad*, en la curva llamada de San Miguel. La planta del chalet era de forma rectangular y cubría una superficie de 66 metros cuadrados. Las chapas de hierro que formaban las paredes y el techo iban sujetadas entre sí por medio de bulones y con varillas de hierro. Desde temprano, calzado su sombrero de paja, don Domingo dirigía a los peones, ordenaba plantíos y hacía levantar las hojas secas de “el bosque”, pequeña floresta ocupada por él con autorización de su dueño. Todas las tardes lo visitaba García Merou, que llevaba un *lunch* para degustar a la sombra de un árbol frondoso.

Sarmiento había escrito a su hermana Bienvenida “respirando entusiasmos”. Dijo que su salud mejoraba y que se hallaba contento y bien cuidado. Pero la hermana mayor, antigua maestra del Colegio de Santa Rosa, manifestó su preocupación por el excesivo empeño que ponía su hermano en el trabajo. “Una cosa no me tiene contenta. Dices que estás atareado de cabeza todo el día al rayo del sol benigno (costumbre de toda tu vida). ¡No sabes tú que el sol del invierno es tan dañoso, como la humedad! Estás con el cuerpo

caliente y dentras a una pieza fría, ahí tienes un resfrío y un constipado seguro, y quizá no pensarás cuál es la causa”.

III

“Venga, juntemos nuestros desencantos para ver sonriendo pasar la vida, con su látigo cuando castiga, con sus laureles cuando premia”. Así se expresó un día de julio en correspondencia “a una de las hermosas damas de aquel tiempo”. Se supone que las líneas fueron dirigidas a su amada Aurelia Vélez Sársfield. La belleza del país, la melancolía y su carácter siempre en entusiasmo, desataron aquella dulce carta, como una despedida deliciosa. “Precisamente por aquí se celebran grandes fiestas, a pretexto de la bendición de un palacio fantástico (que era su casita rústica) en verdad para conmemorar la reunión del príncipe Charmant con la Belle Au Bois Dormant, que se buscaban y se perseguían años luengos hasta que al fin en un bosque umbrío que adornó la morada de Lady Lynch, encontrarla, bella, como era su deber y costumbre innata, pero con la cabeza ya hebras de plata”. “Venga, pues, a la fiesta. Grande espectáculo: ríos espléndidos y lagos de plata bruñida, bosques como el de Fontainebleau que Ud. conoce; iluminación a giorno, el Chaco incendiado, títeres como en todas partes y música, bullicio, animación.

Venga, que no sabe lo que se pierde del príncipe Charmant”.

El 8 de agosto de 1888 Sarmiento escribió a su nieta Eugenia, que le había remitido unos loros pintados. “Como me pides mi parecer artístico, te diré que la copia pertenece al género que llaman *realista*, natural *telle quelle*”. “Los perfiles deben cuidarse y *corregirse* siempre a fin de conservar al ave su belleza artística que en esta parte de tu creación como en las flores es más pronunciada que en los otros”. Dio finalmente noticias sobre el clima paraguayo: “el calor más horrible” y “una seca que me arruinaba las plantas que estoy poniendo. Pero anoche ha caído el más fuerte aguacero que se conozca con temporal. Tenemos lluvia, agua fresca y plantas”. El día 15 escribió con entusiasmo luego de recibir una invitación para visitar una colonia alemana, pero el ministro argentino lo disuadió del proyecto “en vista de las

dificultades que ofrecía el camino para una persona de la edad del General”. Su espíritu no decayó, muy por el contrario. De inmediato se ocupó de organizar un “pic nic” en honor de su amigo diplomático. “Estoy disponiéndolo todo lo mejor posible. Cada uno llevará su almuerzo; conviniendo ya con algunos de llevar un plato especial. La señora de Andreuzzi llevará ravioli. Faustina, una mayonesa. El Chileno un cordero asándose allí y una “cazuela”. [...] Andreuzzi pondrá un bodegón donde se servirá (vendido) cerveza, tazas de té, café, etc. Esto pone a todos de muy buen humor”. Un inesperado aguacero, sin embargo, destruyó aquél simpático proyecto.

A fines de agosto la casa isotérmica ya estaba techada, y las diamelas y jazmines trasplantados se presentaban magníficos. Restaban el piso, la pintura y el empapelado. Sarmiento solicitó a García Merou una colección de banderas de varias naciones para adornar la quinta el día de su inauguración. El General ordenó levantar una glorieta cubierta de enredaderas e hizo enterrar un barril de vino de San Juan junto a la escalera.³ “Nuestra temporada de excursiones va a principiar luego –escribió al ministro-, con la llegada de Aurelia Vélez y su hermano que salieron anteayer en el ‘Olimpo’ y Ud. necesita asaz su ayuda de cámara”. “Estoy ocupado con la escalera, la reja, el depósito, el hojalatero, plantíos de alfalfa y fletes y repulgos, y no tengo tiempo de rascarme. He recibido mi paraguas chinesco, y estaré visible para los amigos, a toda hora, a su sombra”. Doña Aurelia acompañó a su amigo algunos días y retorno a Buenos Aires.

IV

El martes 4 de septiembre de 1888 amaneció bellísimo en la Asunción. Sarmiento, animadísimo, proyectaba trasladarse a su casita. En la quinta había brotado agua del pozo que hacía cavar a unas tres varas de profundidad. Para festejar el suceso ordenó traer cerveza y enarbolar dos banderas, una argentina y otra francesa, esta última “por su semejanza con la paraguaya”. La excitación nerviosa, el ejercicio excesivo y el volver al hotel a caballo cuando el día se había puesto frío y lluvioso, operaron sobre su débil organismo

para ocasionarle por la noche una alarmante fatiga.⁴ En la mañana, mientras observaba sentado las tareas de excavación del pozo, sufrió un síncope. En medio de la lluvia y de la tormenta desatada, Sinforiano Alcorta, su amigo, se dirigió a la residencia de García Merou para informarle sobre la indisposición del general Sarmiento. Sin pérdida de tiempo ambos se presentaron en la *Cancha Sociedad*, aunque no pudieron visitar al ilustre enfermo, que descansaba en su cuarto de madera. Los doctores Andreuzzi y Hassler coincidieron en el diagnóstico: el corazón funcionaba con trabajo y la circulación era en suma dificultosa. Debía temerse la aparición de una parálisis fatal.

El día 6 García Merou pudo ver a Sarmiento, que reposaba sentado cerca de la puerta de entrada a la “salita”, adornada con pinturas de su nieta y algunos retratos. Sus manos estaban frías, su mirada inerte y su respiración era fatigosa. La barba blanca estaba relativamente crecida.

- He estado un poco mal, pero ya voy mejor.

Y con esa misma voz apagada agregó:

- He impedido que los médicos cometan una barbaridad; ellos iban descaminados examinando el pulmón, pero yo les hice observar que mi mal está en el estómago.

Ana Faustina, María Luisa y Julio, llegado poco tiempo antes, permanecían velando al General. Juan, uno de los sirvientes de García Merou, muchacho de catorce años de raza vascuence, lo atendía con esmero sorprendente. Cada noche dos oficiales del Ejército y dos estudiantes del Colegio Nacional se turnaban para vigilar su sueño. La hija del doctor Pastor Obligado, Francisca Obligado de Jurado, y su hijo José Antonio, por entonces de veinte años, atendían con gran solicitud la delicada situación de la familia y del enfermo.

³ “Durante mucho tiempo se afirmó que el barril que Sarmiento mandó enterrar al pie de la escalera de su chalet no contenía vino, sino un fabuloso tesoro, tesoro que nadie encontró nunca”, afirma el periodista paraguayo Luis Verón.

⁴ Según el número único de *La Prensa Argentina* del 22 de septiembre de 1888, el hallazgo del agua tuvo lugar el miércoles 5 de septiembre. “Ese mismo día –sigue la crónica– había recibido cartas de Buenos Aires, preguntándole por la situación del Paraguay y si sería conveniente llevar allí algunas empresas de importancia. Sarmiento se apresuró a ir a casa del señor Decoud a comunicarle el contenido de esas cartas y este paseo le fue fatal, pues no encontrando *tranway* se trasladó a pie por la arena y regresó muy fatigado, ya entrada la noche, sintiendo escalofríos”.

José Segundo Decoud fue uno de los asiduos visitantes de Sarmiento en la Asunción.

- Por culpa de éstos yo no puedo terminar mi casita... En el tiempo que hace que me están tratando, yo hubiera curado a más de cien enfermos –comentó a alguien en cariñosa referencia a los doctores Hassler y Andreuzzi.

El día 7 escribió a un amigo una brevísima esquela: “Soy de bronce; soy un tacho de bronce; pero como he estado tanto tiempo al fuego, ya está un poco gastado y muy abollado también”.

El sábado 8 fue un día caluroso. El buen tiempo devolvió a Sarmiento algo de sus fuerzas, aunque su palidez y debilidad física se habían acentuado. Siguió en reposo en su sillón de estudio. Toleraba apenas un poco de caldo y leche. Se había hecho recortar la barba y los cabellos. Al día siguiente apareció en *El Censor*, diario fundado por el prócer en 1885, un telegrama de Julio a su hermano Augusto: “Abuelo grave, enfermo desde cuatro días atrás. Esperanza poca, pero hay. Julio Belin Sarmiento”. Desde Corrientes, un segundo telegrama hizo temer un desenlace: “El General Sarmiento se encuentra gravemente enfermo. Viéronle los doctores Calderón, Hassler, Audendi y Morra que diagnosticaron afección cardíaca. El estado del general es alarmante. El pronóstico muy reservado. El ilustre enfermo conserva íntegro su criterio. La población de Asunción ha hecho muchas demostraciones de simpatía”.

El lunes 10 llegaron temprano los estudiantes Alió y Manuel Franco, futuro presidente paraguayo. Más tarde arribaron los oficiales Jara y Jourdan. García Merou habló detenidamente con Andreuzzi y el suizo Hassler. Los médicos le quitaron toda esperanza de una próxima mejoría. “Lo mismo que ayer: resiste gracias a su espíritu”, aseguró el primero. En la habitación, el enfermo descansaba en su sillón. Su mirada empañada, su respiración anhelante y su excesiva demacración sorprendieron al ministro argentino, que permaneció de pie y en silencio luego de haber estrechado la mano flácida y helada de su amigo. Comprendió entonces que no había tiempo que perder y ordenó una junta con todos los médicos de la ciudad. El resultado fue un breve parte médico autógrafo transmitido al presidente Miguel Juárez Celman: “*Boletín Sanitario relativo al General Sarmiento*. Junta médica celebrada el día 10 de Septiembre, a las 3 p. m. en la Asunción del Paraguay. Diagnóstico: LESIÓN ORGÁNICA DEL CORAZÓN. Pronóstico: ¡Gravísimo!

Juan Borrás; A. Candelón; David Lofruscio; S. Andreuzzi; Guillermo Hoskins; J. Vallory; Dr. E. Hassler; Francisco Morra”.

Con sus pocas fuerzas el General pidió al ministro argentino que le recortase un triángulo de papel.

- Pero hombre... parece que no hubiera estudiado geometría.

- Qué quiere, General, estas cosas se olvidan.

El sacerdote de la congregación lazarista Antonio Scarella, vicerrector del Seminario Conciliar de Asunción, llegó a caballo a la *Cancha* con intención de visitar a Sarmiento, pero éste afirmó que no deseaba recibir los auxilios de la religión. “Yo les he respetado sus creencias sin violentarlas jamás –habría dicho a los suyos-. Devuélvanme ahora ese respeto. Que no haya sacerdotes junto a mi lecho de muerte. No quiero que por un instante de debilidad pueda comprometerse la dignidad de mi vida”.⁵ Inmóvil en su sillón, de cuando en cuando esputaba algo de sangre. Sus piernas y su vientre se hinchaban de a poco.

El General había experimentado por la noche una pequeña reacción y se hallaba más tranquilo, siempre sentado en su sillón de resortes.

⁵ “¿Murió Sarmiento reconciliado con Dios y con su Iglesia? ¿Llamó al sacerdote antes de exhalar su postrer aliento? ¿Lo llamaron sus deudos?”, se pregunta el padre Cayetano Bruno, sdb, en su obra *Creo en la vida eterna: el ocaso cristiano de los próceres*.

En su detallada investigación, Bruno reproduce la respuesta dada por el sacerdote Scarella en 1938 al diario *El Pueblo*, de Luján, que algo altera lo antes expuesto.

“En respuesta a sus preguntas referentes a los últimos momentos de don Domingo Faustino Sarmiento, me es grato responderle con la siguiente narración:

La cosa es muy sencilla: Era el 11 de septiembre de 1888. Estaba en el seminario de Asunción (Paraguay) y eran más o menos las 10 de la noche, cuando se me presentó el padre Rector diciéndome que a la puerta de calle estaban dos ordenanzas con tres caballos, buscando al padre Antonio para auxiliar al general Sarmiento, que se estaba muriendo en la Cancha Sociedad.

‘Voy al momento’, dije yo, y en efecto, poco tiempo después me hallaba galopando en medio de dos extraños asistentes, que daban todas las garantías de formalidad al pedido del acto sagrado que iba a desempeñar.

[...]

Llegué a Cancha Sociedad acaso más pronto de lo que se me esperaba..., pues me hicieron hacer antesala como unos veinte minutos, al cabo de los cuales se abrió la puerta intermedia, y apareció el famoso médico gritando: ‘¡Eh!, ¡ya ha muerto el enfermo!’

‘-Caramba –dije yo-; hacerme esperar tanto tiempo y salirme ahora con que ha muerto el enfermo. Es evidente que han querido dificultar mi acción. Felizmente que Dios es grande, y sabrá valorar el impedimento material que han puesto a mi caritativo ministerio’.

Y viendo que no se me franqueaba la entrada para pasar más adelante, me despedí y me vine como había ido, con la convicción de que había sido el mismo Sarmiento quien me mandó buscar, o cuando menos algunos de sus allegados íntimos”.

El padre Bruno debió decir el “10 de septiembre de 1888” a las 10 de la noche, puesto que Sarmiento murió el 11 algo después de las dos de la mañana.

El “famoso médico” era el Dr. Andreuzzi, “médico desgraciadamente racionalista” a cargo del Hotel de la Cancha Sociedad.

- He escrito un libro tres veces y lo he vuelto a romper ¡Tenía cosas muy buenas! –habló con dificultad.

A las once pidió ser trasladado a la cama y se durmió acompañado de una agitación intensa y anormal. Martín García Merou permaneció junto a él casi hasta la medianoche y se retiró a su residencia algo enfermo. Pero a poco de conciliado el sueño recibió por teléfono la noticia de que Sarmiento se agravaba. En un tranway expreso llegó al hotel de la *Cancha Sociedad* en compañía de Sinfiorano Alcorta y de José Mascías, un argentino que administraba la empresa de transportes. Pero Sarmiento ya había muerto. A pocas horas de iniciado el día martes 11 de septiembre de 1888 Domingo Faustino Sarmiento pidió que lo dieran vuelta del lado izquierdo. En esa posición “abrió los ojos con un movimiento espasmódico y quedó muerto”. Eran las dos y cuarto de la madrugada. Murió en su catrecito de hierro, encima de algunos almohadones; su rostro dado vuelta hacia la pared y una de sus manos extendida sobre el cuerpo. Escribió García Merou: “La noche tropical era tranquila, húmeda, poblada de rumores extraños, en que se confundía el lamento de la brisa entre los árboles, el canto lejano de alguna ave solitaria y el ruido sordo del río que precipitaba sus ondas a la distancia. Eran las dos de la mañana y el cielo cubierto de estrellas empezaba a palidecer, como esperando la invasión de las primeras claridades del alba... Al llegar a la *Cancha* nos precipitamos en la habitación del enfermo, y una escena imponente se presentó a nuestros ojos. Sarmiento acababa de expirar”. [...] Su expresión es serena y majestuosa. Parece dormido después de tantas luchas y fatigas”. Francisca Obligado de Jurado se apresuró a colocar sobre su pecho su propio crucifijo.

El joven Alió ofreció la versión de la muerte en su sillón y leyendo:

“Estaba en su sillón, un poco ladiado a la izquierda, como si el mal le pesara más de ese lado. El labio inferior yacente, no menos pálido que el resto del rostro. Delante, sobre un atril, tenía abierto el libro *Filosofía sintética*, de Spencer. Cuando concluía de leer una página nos miraba; era todo cuanto podía hacer para indicarnos que diéramos vuelta la hoja.

BRUNO, CAYETANO, SDB. “XXVIII. Domingo Faustino Sarmiento (11 de setiembre de 1888)”. En su *Creo en la vida eterna*:

A la una de la madrugada empezó a leer más lentamente. Los ojos parecieron agrandarse y empezó a mirar en dirección a la ventana que tenía enfrente, asomada al patio amarillo de luna, oloroso a naranja.

Jourdan y yo notamos que el enfermo no podía terminar de leer la página 65 del libro que tenía delante. Sus ojos buscaban algo en la ventana: quizá el amanecer”.

Su último manuscrito, inconcluso, fue la traducción de un trabajo publicado por la revista newyorkina *Political Science Quarterly* titulado *Reforma del servicio federal*.

V

En el único número de *La Prensa Argentina* escribió el cronista: “El general Sarmiento expiró en una humilde habitación de madera, que medía dos varas cuadradas, con un lecho sumamente bajo. Tenía por único mobiliario un pequeño catre de hierro, el sillón de estudio, una mesita de cedro cargada de libros y papeles; debajo de ella un cajón de vino de San Juan, lleno hasta la mitad por ejemplares de la *Vida de Dominguito*. En uno de los ángulos de la habitación se veía una mesita con un tintero representando a Washington. Sarmiento se disgustaba visiblemente cuando algún distraído colocaba su sombrero sobre el busto del grande hombre”.

Con los primeros rayos un sacerdote francés entró en la habitación. De rodillas, Ana Faustina, María Luisa y Julio Belín Sarmiento, García Merou, Francisca Obligado de Jurado, José Antonio Jurado, Sabino Morra y Narciso Acuña García escucharon las piadosas oraciones. Poco después su cuerpo fue colocado en su favorito sillón de resortes. “Es admirable el mecanismo de esta silla –había confiado días atrás-, salva los riñones que tanto padecen en la cama”. Allí fue nuevamente fotografiado por Asunción M. San Martín. “En esa posición semejó a un viejo abuelo”, escribió Campobassi.

Una muchedumbre respetuosa comenzó en las siguientes horas a invadir el hotel para presentar sus respetos. Por la tarde, el calor sofocante obligó al inicio del proceso de embalsamamiento, confiado a los

el ocaso cristiano de los próceres. 1ª parte. 2ª ed. Rosario: Ediciones Didascalía, 1992, pp. 128-129.

doctores Candelón, Andreuzzi y Hassler, que resolvieron usar el fluido conservador de Wickershaim. La operación se inició a las cinco menos cinco minutos y duró una hora y media. Por la noche, García Merou presenció el traslado del cadáver al féretro colocado sobre una mesa tapizada de paño negro. Sobre un fondo cubierto de mirra y áloe se extendió el cuerpo de Sarmiento. “¡Entonces contemplo el rostro de mi eminente amigo, y desde el fondo del alma le doy el último adiós sobre la tierra!”.

El gobierno paraguayo decretó duelo nacional por tres días. Los escolares de Asunción desfilaron en silenciosa honra. El general Patricio Escobar, presidente del Paraguay, se hizo presente también en la *Cancha*. Juan C. González, ex presidente de esa república, presidió la comisión popular de homenaje que de inmediato organizó la repatriación de los restos de Sarmiento.

El jueves 13 de septiembre el féretro fue transportado hasta el muelle del puerto de Asunción y cargado en el buque *Alto Paraná* tras los varios discursos oficiales de despedida. Cubrían el ataúd las banderas de la Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay. Al anochecer, el navío arribó al puerto de Formosa. La fúnebre carga fue recibida por el gobernador Ignacio H. Fotheringham y trasladada al *San Martín*, de la Armada Argentina. Recibida en Buenos Aires la noticia de la muerte de Sarmiento, el Senado presidido por Carlos Pellegrini levantó la sesión como homenaje a su memoria. El Ejecutivo Nacional decretó los honores correspondientes al grado de capitán general. El Concejo Deliberante de la ciudad votó la erección de una estatua de mármol a colocarse en el parque Tres de Febrero, y el gobierno de la Provincia de Buenos Aires la fundación de otra escuela bajo su nombre.

El día 14 el féretro fue descendido en la ciudad de Corrientes y depositado en la iglesia Matriz. En el teatro San Juan Vera, donde se celebró un funeral cívico, el cajón de cedro paraguayo fue reemplazado por otro, cargado en la cañonera *General Alvear*. El 19 de septiembre fue descendido en el Rosario y trasladado a la plaza 25 de Mayo. Hablaron varios oradores. Los homenajes continuaron en San Nicolás. En el río Paraná Guazú, a la altura de la isla de Martín García, el féretro se instaló en la torpedera *Maipú*, que arribó a la rada del puerto de Buenos Aires el día 20.

El lluvioso 21 de septiembre de 1888 al mediodía, las autoridades nacionales y un numeroso público recibieron los restos de Sarmiento. Hablaron Eduardo Wilde, ministro del Interior, Carlos Pellegrini, vicepresidente de la Nación, y el diputado Wenceslao Escalante. Las tropas rindieron honores al cortejo que, por la calle de Florida, se puso en marcha hacia la Recoleta. El féretro avanzó cubierto de flores; se dijo que desde un balcón lloraba desconsoladamente su ex esposa doña Benita Martínez Pastoriza. En el cementerio pronunciaron discursos Aristóbulo del Valle, Osvaldo Magnasco, Agustín de Vedia y Paul Groussac. Los restos del prócer fueron puestos provisoriamente en el sepulcro de Dominguito Sarmiento. Al día siguiente los diarios de Buenos Aires suspendieron sus ediciones para aunarse en una sola publicación bajo el título de *La Prensa Argentina: homenaje a la memoria de Domingo Faustino Sarmiento*.

BIBLIOGRAFÍA:

- BELIN SARMIENTO, AUGUSTO. “Ancianidad”. En su *Sarmiento anecdótico*. Buenos Aires: E. Tipográfico de David Soria, 1905.
- BELLOTTA, ARACELI. *Aurelia Vélez: la mujer que amó a Sarmiento*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2001.
- BRUNO, CAYETANO, SDB. “XXVIII. Domingo Faustino Sarmiento (11 de setiembre de 1888)”. En su *Creo en la vida eterna: el ocaso cristiano de los próceres*. 1ª parte. 2ª ed. Rosario: Ediciones Didascalía, 1992.
- CAMPOBASSI, JOSÉ S. “Gloriosa ancianidad, últimos años, muerte y homenajes”. En su *Sarmiento y su época*. Tomo II: desde 1863 a 1888. Buenos Aires: Editorial Losada S. A., 1975.
- EPISTOLARIO DE DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO: CARTAS FAMILIARES. Buenos Aires: Edición de la Asociación de Amigos del Museo Histórico Sarmiento, 2001.

- EPISTOLARIO ENTRE SARMIENTO Y POSSE: 1845-1888. Tomo II. Buenos Aires: Museo Histórico Sarmiento, 1946. (Archivo del Museo Histórico Sarmiento, Serie V, N.º 1).
- EROSTARBE, JUAN MARIEL. *El epistolario íntimo de Sarmiento*. 1ª. ed. San Juan: Editorial Fundación Universidad Nacional de San Juan, 1997.
- GARCÍA MEROU, MARTÍN. “Apéndice: Los últimos días de Sarmiento”. En Sarmiento, Domingo Faustino. *Recuerdos de provincia: con un apéndice sobre su muerte por Martín García Merou*. Buenos Aires: Talleres Gráficos L. J. Rosso, Buenos Aires, s/f.
- GARCÍA MEROU, MARTÍN. “Capítulo XVI”. En sus *Confidencias literarias*. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora Argos, 1893.
- GONZÁLEZ ARRILI, BERNARDO, selec. *Domingo Faustino Sarmiento: Epistolario íntimo*. Tomo 2. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1963. (Biblioteca del Sesquicentenario).
- IBARGUREN, CARLOS. “Vi de cerca a Sarmiento”. En Anderson Imbert, Enrique y otros. *Sarmiento – centenario de su muerte-: recopilación de textos publicados por miembros de la Institución*. Prólogo de Enrique Anderson Imbert. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 1988. (Biblioteca de la Academia Argentina de Letras, Serie Estudios Académicos, Vol. XXVII).
- JURADO, ALICIA. “Sarmiento y la mujer”. En Barba Enrique M. y otros. *Vigencia de Sarmiento: homenaje al prócer en el centenario de su fallecimiento*. Buenos Aires: Comisión Permanente de Homenaje a Sarmiento, 1988.
- LICEDA, ERNESTO. *El solar de Sarmiento en Asunción del Paraguay*. Buenos Aires: Comisión Permanente de Homenaje a Sarmiento en Washington y en Asunción, 1982. (Publicación N° 1).
- “LOS ÚLTIMOS DÍAS DE SARMIENTO. (PUBLICACIÓN DE LA PRENSA ARGENTINA, NÚMERO ÚNICO, SEPTIEMBRE 22 DE 1888)”. En Rojas, Nerio. *Psicología de Sarmiento*. Buenos Aires: Ed. Guillermo Kraft Ltda., 1961. (Colección Cúpula).

- OTTOLENGHI, JULIA. “Capítulo XIV”. En su *Sarmiento a través de un epistolario*. Buenos Aires: Librería y Casa Editora de Jesús Menéndez, 1939.
- PONCE, ANÍBAL. “La vejez de Sarmiento”. En *Obras completas de Anibal Ponce*. 5ª. ed. Buenos Aires: J. Héctor Matera editor, 1958.
- ROJAS, RICARDO. “Muerte y transfiguración” y “Sus 'Obras', archivo de un hombre”. En su *El profeta de la pampa: Vida de Sarmiento*. 2ª ed. Buenos Aires: Editorial Losada, 1948.
- SÁENZ, JIMENA. “Así la Argentina despidió a Sarmiento”. En *Todo es Historia*. N° 29 (septiembre de 1969).
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO. “Carta de Sarmiento a Adolfo Saldías. Asunción, septiembre 1º de 1887”. En *Obras Completas*. Tomo XXXIV. Buenos Aires: Editorial Luz del Día, 1952.
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO. “El último discurso: en una manifestación de las escuelas en la Asunción”. (Mayo 30 de 1887). En *Obras Completas*. Tomo XXII. Buenos Aires: Editorial Luz del Día, 1951.
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO. “20 de septiembre: conmemoración nefasta”. En *Obras Completas*. Tomo XLVI. Buenos Aires: Editorial Luz del Día, 1953.